

Ignacio Vélez Pareja

Hasta la eternidad te seguiré mi amor¹

—La ilusión no se come —dijo la mujer.

—No se come, pero alimenta —replicó el coronel.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, *El coronel no tiene quien le escriba*

Amor, amor aquel y aquella que ya no son, ¿dónde se fueron?

PABLO NERUDA, *El libro de las preguntas*

...dedicado a aquéllos que han sido separados: a los amantes, a los que odian, a los indiferentes, a los perplejos y a los confiados, para que el hombre encuentre de nuevo en libertad el camino hacia el hombre.

IGOR CARUSO, *La separación de los amantes*

Hace cincuenta años, ciertos boleros no tenían aceptación en algunos círculos sociales. Estaban confinados a cantinas de mala muerte y buena vida de las zonas de tolerancia de Cartagena y otras ciudades con espíritu sandunguero y tropical. Era como un culto prohibido de una secta esotérica, cuyas ceremonias no se podían celebrar en público. Marihuana, prostitución, delincuencia y vicio estaban

¹ Este texto recoge lo publicado en dos trabajos anteriores. Véase Ignacio VÉLEZ PAREJA, “Entre nubes de algodón”, en: *Lecturas Dominicales* de *El Tiempo* (Bogotá, febrero 6 de 1994), pp. 8-10, y “El diván del bolero”, en: *Cuadernos de Economía Rural*, 32 (Bogotá, 1994), pp. 85-95.

asociados al ritmo cadencioso de un bolero enamorado. Se sospechaba de quien rondara en compañía de Daniel Santos, Celio González o Alberto Beltrán.

Ahora, por el contrario, el bolero se ha popularizado tanto que en todos los estratos sociales es de buen recibo; más aun, traspasa barreras generacionales y culturales. El bolero es responsable de muchos amores colombianos cultivados con la institución de la serenata. Esto disminuyó con la urbanización del país y los altos costos que ella supone. Ahora está la rockola, invento perverso: la compran los dueños de los bares esperando que la música la pague el cliente.

Según algunos, el bolero es una música (y un verso) derrotista o pesimista y que induce a la melancolía. Esto es cierto sólo en parte. Como anota Gelpí (1998),

[...] son muy escasos los boleros en que se celebra la felicidad o la estabilidad matrimonial o en los cuales se elogian las virtudes de la institución del matrimonio. En cambio, el bolero parece preferir la exploración de la intimidad previa al matrimonio o fuera de él.

Quienes escriben bolero o poesía hacen un trabajo psicoanalítico de autoterapia, como quien asume un bolero o un poema como propio. Una de las maravillas que sucede al escuchar un bolero o leer un poema es descubrir que fue escrito para quien lo recibe: no hay que cambiar una palabra.

¿Cómo se distingue un bolero de una balada? No se requiere ser técnico en música: cuando escucho una melodía, sé si es un bolero. Si un tema te toca el corazón, cabe decir que se trata de un bolero, más allá de si es de 2 x 4 compases (bolero cubano) o de 3 x 4 (bolero español). Un claro ejemplo es la música de Agustín Lara, considerado el mejor compositor de boleros de todos los tiempos; como se verá más adelante, muchas de sus canciones, aunque no son boleros en el sentido técnico de la palabra, sí tienen esa capacidad de calar hondo en el sentimiento del oyente. A veces pecamos por el afán clasificatorio y perdemos, en ese ejercicio disecador, el sentimiento.

Como la poesía mística, el amor caribe sublima los sentimientos, pero con una diferencia: mientras aquélla erotiza el canto a la divinidad, éste, con el bolero, mistifica al ser amado y mediatiza la comunicación con un poder superior, llámese Dios, vida, fatalidad o destino.

Este trabajo explorará cómo el poeta se relaciona en el bolero con lo mágico y lo misterioso, la fatalidad y el destino, a través de sus cantos enamorados, aunque no es posible fraccionar estas ideas. Se trata de un todo integrado en su verso: la cadencia

del ritmo, la melodía, el intérprete, la hora, el sitio y, de manera muy especial, el estado del alma. A continuación descubrirá la universalidad y la espontaneidad de este fenómeno, ya que es una constante a lo largo del tiempo y de la distancia. También se explorarán algunos casos expuestos en entrevistas de un psicoanalista europeo, contrapunteados con textos de boleros o de la literatura amorosa.

La fuerza del destino

Ortega y Gasset decía en el bellissimo libro titulado *Estudios sobre el amor*, en el cual publica el artículo “El hombre interesante” (1925):

[...] el amor de enamoramiento es el prototipo y cima de todos los erotismos [...] se caracteriza por contener [...] estos dos ingredientes: el sentirse “encantado” por otro ser que nos produce ilusión íntegra y el sentirse absorbido por él hasta la raíz de nuestra persona, como si nos hubiera arrancado de nuestro propio fondo vital y viviésemos trasplantados a él, con nuestras raíces vitales en él [...], el enamorado se siente entregado totalmente al que ama; no importa que la entrega corporal se haya cumplido o no... “no es un querer entregarse: es un entregarse sin querer”.

De este amor de enamoramiento —amor erótico— se ocupa el bolero. Se dirige al otro, casi siempre a la mujer; canta al amor y lo rodea de magia, de encantamiento y de fatalismo. El amor, esa fuerza que mueve el mundo, atrapa al enamorado y le imprime un sello indeleble: lo empuja hacia el ser amado y lo hace impotente, lo despoja de todo su albedrío; queda condicionado a su búsqueda implacable, de la que no se puede escapar. Todo su quehacer y su mundo gira alrededor de ese sol afectivo que lo atrae irremediamente. En ese gravitar sin remedio alrededor de su amor, el enamorado acude a la magia, invoca a los dioses, reafirma su fe en Dios, en el alma y en la vida eterna. Es un acto de sometimiento a la fuerza del destino, un acto de esperanza y desesperación. Es canto de amor y, por eso, conduce a su fuente primigenia: lo sobrenatural.

Por su origen y su objeto, el bolero tiene doble influencia romántica: literaria y cordial, o sea, del corazón. Sin embargo, no sólo por el romanticismo literario el destino juega un papel tan importante. Es algo más vital y profundo. Es que el corazón romántico está ligado por siempre al tiempo que no domina —el pasado y el futuro— y se olvida del hoy. Mira hacia atrás con la nostalgia de la felicidad vivida. Le duele el

pasado porque ya no es. Cuando mira hacia adelante, anhela el futuro y lo construye —en su corazón— igual al sueño de ayer. No está anclado en su realidad: la inventa día a día. ¿Qué puede hacer ante una realidad que no domina? No tiene salida.

El amor domina al hombre. Como dice don Ramón de Zubiría, “es el amor quien enciende de sagrado fuego el corazón de los hombres, quien sustenta y perpetúa los vínculos de la pareja humana”. El bolero canta ese laberinto del cual no puede salir el enamorado. Es el imperio del destino. El amante es una ficha de Dios, de la vida o de la fatalidad. El ser humano pierde control sobre su vida:

[...] *y si ya no puedo verte
por qué Dios me hizo quererte
para hacerme sufrir más.*

Porque

[...] *tú eres mi destino
y no te imaginas
lo que yo bendigo a Dios
porque quiso disponerlo así.*

No hay albedrío, no hay voluntad. No hay nada que hacer:

[...] *mi vida,
el extraño destino de los dos
por distintos caminos nos llevó
y hoy nos une otra vez.*

Y de esto, “no me culpes a mí, culpa al destino”.

América —en particular el Caribe, cuna del bolero— fue el crisol donde se fundieron diferentes razas con profundo arraigo religioso: indígenas, negros y españoles. Hoy se encuentran múltiples testimonios y evidencias de esta simbiosis cultural y religiosa. Basta mencionar la santería, culto de las islas antillanas que influye sobre la música de manera indiscutible. El alma es clave en estas creencias; es el soplo divino que da vida a la materia, en el que residen los sentimientos que mueven al ser humano a buscar al otro. Esa continua búsqueda ha producido en la historia de la humanidad los más bellos poemas de amor.

El alma humana

El enamorado tiene el corazón en carne viva, y cuando canta describe a cabalidad las emociones de ese corazón. El bolerista dibuja en el pentagrama y el verso sus debilidades y fortalezas, la pasión y la ternura que, el odio y la generosidad, la humildad y la soberbia. El bolero es reflejo del alma humana y está lleno de contrastes.

Te esperaré siempre, y

[...] cuando la escarcha pinte tu dolor,
cuando ya estés cansada de sufrir,
yo tengo un corazón para quererte,
el nido donde tú puedes vivir.

¿Tú no entiendes? “¿Tú no ves que nuestras almas se encadenan y que hay un raro destino entre tú y yo?”. Si te vas, déjame ya, porque

[...] me miras y tu mirada
se mete dentro, dentro del alma.

Vete, porque

[...] te estás metiendo en mi alma
hasta un lugar que a nadie
le permití jamás.

Desde tiempos inmemoriales, el hombre creyó en fuerzas superiores y en la existencia del alma. Cuando se encontró ante hechos desconocidos e inexplicables, inventó a Dios, unas veces en forma de fuego, de rayo o de trueno; en otras ocasiones, como seres sobrenaturales. En todos los casos, ese poder superior está allí para compensar todos los sacrificios del amante o aplicar los castigos necesarios al traidor o al infiel. El hombre también rinde culto a sus antepasados muertos; con ello, alma y vida van de la mano más allá de la muerte, por lo que el enamoramiento no puede ser efímero: después de que el enamorado descubre el alma, el destino y la otra vida, tiene que declarar su amor eterno.

El más allá y el amor eterno

Para un ser atado al pasado —el alma romántica— es terrible el presente. La vida es un doloroso y continuo placer. Para sobrevivir tiene que asirse a la esperanza sin límites. Las declaraciones de amor eterno, inclusive más allá de la muerte, no son manifestaciones cursis o *kitsch*. Hay que reiterarlo: el bolero es una manifestación popular de un sentimiento universal, expresado de un modo propio y autóctono; no se puede calificar de cursi o ridículo —como lo hizo Camilo José Cela—, a pesar de que autores como Agustín Lara asumieran con orgullo esa mal llamada cursilería, porque en realidad es una manifestación espontánea y auténtica.

Lara decía a propósito:

Cualquiera que es romántico tiene un fino sentido de lo cursi y no desecharlo es una posición de inteligencia. A las mujeres les gusta que así sea. Vibro con lo que es tenso y si mi emoción no la puedo traducir más que en el barroco lenguaje de lo cursi, de ello no me avergüenzo. Amén².

El romántico es presa fácil del amor no correspondido, del amor tormentoso. Vive, así, con reiterado afán por avivar heridas, recrear hechos y revivir el pasado; como ese pasado no vuelve, sólo queda la posibilidad de una vida más allá de la muerte, la esperanza total. Como la vida terrena no es suficiente, se necesita otra para seguir amando hasta la eternidad o para recuperar el amor que ha dejado en el desamparo al amante. El amor trasciende la vida, supera su carácter terreno y se lleva a la tumba.

En “Amor en Stendhal” (1926), Ortega dice:

Un amor pleno, que haya nacido en la raíz de la persona, no puede verosímelmente morir. Va inserto por siempre en el alma sensible. [...] la persona que amó se sigue sintiendo absolutamente adscrita a la amada. El azar podrá llevarla de aquí para allá en el espacio físico y en el social. No importa: ella seguirá estando junto a quien ama. Éste es el síntoma supremo del verdadero amor: estar al lado de lo amado, en un contacto y proximidad más profundos que los espaciales. Es un estar vitalmente en el otro.

2 Helio OROVIO, *El bolero latino* (La Habana: Letras Cubanas, 1995), p. 66.

El que ama no sólo queda adscrito al otro para siempre, sino que asume su vida y la esperanza de encontrar al otro con paciencia y esperanza infinitas.

Soy todo tuyo, te quiero hasta el final, mira:

[...] *llévame de ser posible
hasta la misma eternidad.*

Aunque dejes de quererme, aunque no me quieras,

[...] *a la tumba me llevo como sagrado
el cariño que tanto tú me has negado.*

Y no olvides que

[...] *pasarán más de mil años, muchos más,
yo no sé si tenga amor la eternidad, pero allá, tal como aquí,
en la boca llevarás... sabor a mí.*

Es la esperanza en la otra vida la que alienta al enamorado para soportar los más punzantes dolores, los que produce esa dulce enfermedad o “tormento soberano” que se llama amor. Y el enamorado lo dice en el bolero. Expresa esperanza, temor o impotencia; siempre acude al más allá o al poder supremo. Reafirma todos los valores judeo-cristianos del sufrimiento hoy y la esperanza de alcanzar la dicha más tarde.

Es el bolero, por eso, un canto de esperanza. Una esperanza con fatalismo: lo que el destino o Dios quieran que ocurra, sucederá. El enamorado cree y espera que, al final, el destino o Dios lo favorecerá y lo reivindicará. Es una esperanza fundada en lo mucho que se sacrifica el amante por el otro.

Algún día tú volverás, puede ser al final de los siglos, “el penúltimo día del mundo”, pero ese día todo estará preparado, esperándote y

[...] *haremos en el cielo una mansión,
tendremos como Dios al corazón
y nuestras almas
que se pierdan en la bruma.*

Te esperaré toda la vida y

[...] cuando la luz del sol se esté apagando
y te sientas cansada de vagar,
piensa que yo por ti estaré esperando
hasta que tú decidas regresar.

Es tan real la sacralización de la relación amorosa, que inclusive el Padre Astete llegó a ser un gran bolerista; escribió bajo el seudónimo de José Antonio Méndez. Qué otra cosa puede evocarse con la letra de ese maravilloso bolero titulado “La gloria eres tú”:

Dios dice que la gloria
está en el cielo,
que es de los mortales
el consuelo al morir.

Bendito Dios,
porque al tenerte yo en vida
no necesito ir al cielo tizú
si alma mía
(amor de mi ilusión)
la gloria eres tú.

Yo sé que estoy sufriendo por ti, que tu amor me ha encadenado y soy tu esclavo, pero el día llegará en

[...] que el cielo entre sus zafiros
me ha de recoger
y allá arriba no, no seré tu esclavo,
ni tu prisionero,
simplemente
con mi luz más bella
yo seré la estrella
de tu anochecer.

Cuando el protozoo subió a los árboles y se convirtió en un mamífero de cuatro patas, inició el camino hacia el más allá. El cuadrúpedo se alza en sus dos extremidades y supera el instinto. En ese instante es consciente de su espíritu y de su superioridad sobre el resto de la creación. El descubrimiento del otro es el amor. El macho descubre a la mujer; a esa mujer que trasplanta al enamorado, lo descuaja de su sitio y lo reubica, lo reacomoda y le produce el cataclismo telúrico más tremendo que un ser vivo pueda experimentar.

La magia femenina y el poder del amor

El mágico influjo de la mujer hace que el enamorado la divinice. El ser humano, insuflado por el amor, crea un nuevo mundo. Es dueño del universo. No en vano es por el amor que se produce el más importante —aunque cotidiano— milagro de la humanidad: la creación de una nueva vida.

En “La elección en amor” (1927), Ortega y Gasset afirma: “La influencia de la mujer es atmosférica y, por lo mismo, ubicua e invisible. No hay manera de prevenirla y evitarla”. En “De Francesca a Beatrice” (1926) dice: “Todo hombre dueño de una sensibilidad bien templada ha experimentado cerca de alguna mujer la impresión de hallarse delante de algo extraño y absolutamente superior a él”. Y en el ensayo “Amor en Stendhal” (1926) asevera: “Enamorarse es, por lo pronto, sentirse encantado por algo [...] y algo puede encantar si es o parece ser perfecto”.

Ese “algo extraño y absolutamente superior” es una mujer hermosa, eres tú,

[...] *porque eres divina,*

[y] *sólo una rosa*

caída del cielo

fuera como tú.

Si Dante creía que el amor mueve el sol y las otras estrellas, ¿por qué no puede Agustín Lara decir que había “humo en los ojos al encontrarnos” y que “al abrazarnos el mismo cielo se estremeció”? Y Paquito López Vidal pedir que lo esperen

[...] *en el cielo, corazón*

si es que te vas primero,

espérame que pronto yo me iré

*allí donde tú estés...
para empezar de nuevo.*

Aunque no lo quieras, estoy a tu lado; es que

*[...] el alma me abandona por ir
en busca del ser que me hace sufrir.*

Esto no es nuevo. En 1771, en pleno romanticismo, Werther decía a Carlota:

Desde ese momento eres mía; ieres mía, oh, Carlota! Voy delante de ti; voy a reunirme con mi padre que también lo es tuyo, Carlota; me quejaré y me consolaré hasta que tú llegues. Entonces volaré a tu encuentro, te cogeré en mis brazos y nos uniremos en presencia del Eterno; nos uniremos en un abrazo que nunca tendrá fin. No sueño ni deliro. Al borde del sepulcro brilla para mí la verdadera luz. ¡Volvemos a vernos!

Cuando los recursos terrenales no son suficientes y el poder de convicción y de seducción parece fallarle, entonces el enamorado, objeto de Dios y el destino, trastoca los papeles y los utiliza para lograr sus propósitos, los involucra en su drama afectivo, con lo que la sublimación y sacralización del sentimiento alcanza su límite.

La relación del hombre con la divinidad

El amor no correspondido desata odios, pero también sentimientos de profunda caridad, con la esperanza de obtener algún día justicia divina. Así como la otra vida es el último sitio para el amor, Dios y su justicia son el último recurso que tiene el enamorado para reivindicarse, para recuperar todo el esfuerzo que ha dedicado a la relación amorosa. Siempre espera obtener de Dios el premio para él, o el justo castigo para el otro. Hay una delegación, inconsulta, de los castigos y los testimonios a favor del enamorado.

Tu falta es terrible y me has hecho mucho daño, pero

*[...] levántate, no pidas más perdón,
[...] no sé perdonar, que te perdone Dios.*

Cuando el protozoo subió a los árboles y se convirtió en un mamífero de cuatro patas, inició el camino hacia el más allá. El cuadrúpedo se alza en sus dos extremidades y supera el instinto. En ese instante es consciente de su espíritu y de su superioridad sobre el resto de la creación. El descubrimiento del otro es el amor. El macho descubre a la mujer; a esa mujer que trasplanta al enamorado, lo descuaja de su sitio y lo reubica, lo reacomoda y le produce el cataclismo telúrico más tremendo que un ser vivo pueda experimentar.

La magia femenina y el poder del amor

El mágico influjo de la mujer hace que el enamorado la divinice. El ser humano, insuflado por el amor, crea un nuevo mundo. Es dueño del universo. No en vano es por el amor que se produce el más importante —aunque cotidiano— milagro de la humanidad: la creación de una nueva vida.

En “La elección en amor” (1927), Ortega y Gasset afirma: “La influencia de la mujer es atmosférica y, por lo mismo, ubicua e invisible. No hay manera de prevenirla y evitarla”. En “De Francesca a Beatrice” (1926) dice: “Todo hombre dueño de una sensibilidad bien templada ha experimentado cerca de alguna mujer la impresión de hallarse delante de algo extraño y absolutamente superior a él”. Y en el ensayo “Amor en Stendhal” (1926) asevera: “Enamorarse es, por lo pronto, sentirse encantado por algo [...] y algo puede encantar si es o parece ser perfecto”.

Ese “algo extraño y absolutamente superior” es una mujer hermosa, eres tú,

[...] *porque eres divina,*
[y] *sólo una rosa*
caída del cielo
fuera como tú.

Si Dante creía que el amor mueve el sol y las otras estrellas, ¿por qué no puede Agustín Lara decir que había “humo en los ojos al encontrarnos” y que “al abrazarnos el mismo cielo se estremeció”? Y Paquito López Vidal pedir que lo esperen

[...] *en el cielo, corazón*
si es que te vas primero,
espérame que pronto yo me iré

*allí donde tú estés...
para empezar de nuevo.*

Aunque no lo quieras, estoy a tu lado; es que

*[...] el alma me abandona por ir
en busca del ser que me hace sufrir.*

Esto no es nuevo. En 1771, en pleno romanticismo, Werther decía a Carlota:

Desde ese momento eres mía; ieres mía, oh, Carlota! Voy delante de ti; voy a reunirme con mi padre que también lo es tuyo, Carlota; me quejaré y me consolaré hasta que tú llegues. Entonces volaré a tu encuentro, te cogeré en mis brazos y nos uniremos en presencia del Eterno; nos uniremos en un abrazo que nunca tendrá fin. No sueño ni deliro. Al borde del sepulcro brilla para mí la verdadera luz. ¡Volveremos a vernos!

Cuando los recursos terrenales no son suficientes y el poder de convicción y de seducción parece fallarle, entonces el enamorado, objeto de Dios y el destino, trastoca los papeles y los utiliza para lograr sus propósitos, los involucra en su drama afectivo, con lo que la sublimación y sacralización del sentimiento alcanza su límite.

La relación del hombre con la divinidad

El amor no correspondido desata odios, pero también sentimientos de profunda caridad, con la esperanza de obtener algún día justicia divina. Así como la otra vida es el último sitio para el amor, Dios y su justicia son el último recurso que tiene el enamorado para reivindicarse, para recuperar todo el esfuerzo que ha dedicado a la relación amorosa. Siempre espera obtener de Dios el premio para él, o el justo castigo para el otro. Hay una delegación, inconsulta, de los castigos y los testimonios a favor del enamorado.

Tu falta es terrible y me has hecho mucho daño, pero

*[...] levántate, no pidas más perdón,
[...] no sé perdonar, que te perdone Dios.*

Y para que sepas, te quiero tanto que

[...] *te quiero mucho más en vez de odiarte
y tu castigo se lo dejo a Dios.*

Tú no crees en mi cariño, nunca lo hiciste.

Mujer,

*si puedes tú con Dios hablar,
pregúntale si yo alguna vez
te he dejado de adorar.*

Pero el ser humano no acepta la dependencia. Siempre busca la libertad, aunque sólo sea para caer de nuevo en los brazos de Eros. Y si al invocar a Dios no consigue su propósito, se rebela contra Él. Está lleno de contradicciones, y así como parece haber sometimiento y entrega total al destino y a la divinidad, se rebela también ante ellos. César Vallejo, por ejemplo, sugiere que las más grandes desgracias del hombre provienen de Dios: "golpes como del odio de Dios"; negar las cualidades tradicionales de Dios y hacerlo sujeto de odio es un acto de rebeldía.

Mi amor por ti es muy grande y estoy dispuesto a todo. Te quiero tanto que nada importa, "que si es pecado amarte, yo seguiré pecando". No hay nada que pueda detenerme, yo te amo y aunque sé que

[...] *somos un sueño imposible*

que busca la noche

para olvidarse del mundo

de Dios y de todo,

por más que se oponga el destino

serás para mí,

para mí.

Al mismo tiempo,

Yo no sé si este amor es pecado,

si tiene castigo,

si es faltar a las leyes honradas
del hombre y de Dios,
es más fuerte que yo,
que mi vida, mi credo y mi sino,
es más fuerte que el miedo a la muerte
y el temor de Dios.
Aunque sea pecado te quiero,
te quiero lo mismo.

Hay temas que se *aboleran*, como este tango de Pontier y Francini. No hay que ser purista y por eso aquí aparece un tango *abolerado* como expresión de esa necesidad que tiene el individuo de liberarse de una sociedad opresora: “este amor es más fuerte que el miedo a la muerte y el temor de Dios. Aunque sea pecado te quiero”.

El amor está lleno de temores y certezas, regocijo y dolor, de caricias y de golpes. Es su naturaleza vital —donde se juegan todas las cartas— la que permite superar todas las dificultades y triunfar sobre los escollos que se encuentran en el camino de la vida. Dentro de estas contradicciones, el amor, que es alegría y vida, produce, por sustracción, grandes penas y dolores. Una “tristeza sin fondo”, como diría Vallejo.

La tristeza es un acercamiento a lo sobrenatural

La tristeza es un estado del alma que obliga a la introspección, a mirarse a sí mismo, y esto significa elevar a lo misterioso, a lo mágico y sobrenatural, el sacramento de la confesión consigo mismo. Es el momento de la verdad, como la muerte. A principios de siglo, Ortega escribía:

El amor es a veces triste, triste como la muerte, tormento soberano y mortal. Es más: el verdadero amor se percibe a sí mismo y, por así decirlo, se mide y se calcula a sí propio en el dolor y sufrimiento de que es capaz. La mujer enamorada prefiere las angustias que el hombre amado le origina a la indolora indiferencia. En las cartas de Mariana Alcoforado, la monja portuguesa, se leen frases como éstas, dirigidas a su infiel seductor³: “Veo muy bien cuál sería el remedio para todas mis penas. Me

3 Transcribo la cita de Ortega con mi traducción de las *Cartas de sor Mariana* (Vélez, 1996).

vería libre de ellas al instante si dejara de amarte. Pero ¡ay de mí! ¡qué remedio!... No. Prefiero sufrir aún más, antes que olvidarte. ¿Depende eso de mí? ¡Si no puedo reprocharme el haber dejado de amarte un solo instante! Aun así, eres más digno de compasión que yo; más vale padecer cuanto padezco, que gozar de los lánguidos placeres que te proporcionan tus amantes de Francia”. La primera carta termina: “Adiós: no puedo más. ¡Adiós! Ámame siempre. Y haz padecer aún más a tu pobre Mariana”.

Y dos siglos más tarde, la señorita de Lespinasse: “Os amo como hay que amar: con desesperación”. El gran poeta del amor, don Pedro Salinas, dice:

*No quiero que te vayas,
dolor,
última forma
de amar. Me estoy sintiendo
vivir cuando me dueles
Si tú no me quedaras,
dolor, irrefutable,
yo me lo creería;
pero me quedas tú.
Y mientras yo te sienta,
tú me serás, dolor,
la prueba de otra vida
en que no me dolías.
La gran prueba, a lo lejos,
de que existió, que existe,
de que me quiso, sí,
de que aún la estoy queriendo.*

Esto es sólo la descripción desgarradora del dolor que sienten los amantes separados. Es un dolor punzante que quema el espíritu. Ese dolor permanente, aún en la alegría y el jolgorio, es el de la soledad en la muchedumbre. Es un llanto interior y profundo, que inunda los más recónditos resquicios de la vida con una lluvia fría. Lluve en el alma y siempre. Sólo se vive de la esperanza de ser feliz.

Una mirada al bolero desde el diván

Examinemos algunas coincidencias, tanto textuales como situacionales, para corroborar la idea de que el bolero y los poemas de amor ayudan a verbalizar conflictos, de forma que exorcizan esas penas que se llevan en lo más profundo del alma; además, como ya se dijo, el bolero no hace más que cantar un sentimiento universal para el que las palabras son siempre las mismas, no importa si se trata de Goethe o Agustín Lara, Salinas o Dante, Pablo Neruda o un amante europeo abandonado en el diván del psicoanalista.

Vivo sufriendo la mayor de las penas por ti. Tengo la esperanza de que vuelvas y

[...] *aunque tú me has dejado en el abandono,
aunque tú has muerto todas las ilusiones,
en vez de maldecirte con justo encono,
en mis sueños te colmo,
en mis sueños te colmo
de bendiciones.*

Estoy desesperado por “besarte de nuevo”, por

[...] *decirte mi cielo
cómo le haces falta
a mi corazón.*

Desesperado, por “no tenerte a mi lado”, por

[...] *no sentir tus caricias
y el goce divino
que me da tu amor.*

La vida sigue su curso febril y yo,

[...] *aquí en pleno derroche
de luna y de mar
sufro, sufro,*

*qué me importa el canto del mar,
si estoy solo con mi penar,
tan lejos, lejos de ti.*

Pero no, no puedo destruirme,

*[...] calla tristeza,
calla tristeza
que no sabes que no ha de tornar
la que nunca quisiera olvidar.*

Parece que el enamorado, enloquecido de amor, insistiera en un ritual masoquista, pero no; él busca la felicidad, no la tranquilidad, que son diferentes. Porque dice con Machado, que hay que huir del

*[...] amor pacato,
sin peligro, [...] ni aventura,
que espera del amor prenda segura.*

Pedro Salinas escribió: “Para querer hay que embarcarse en todos los proyectos que pasan, sin preguntarles nada”, siempre dispuesto a equivocarse.

La ruptura amorosa es catastrófica. Perder al ser amado es un duelo profundo por uno mismo y por el otro. El alma está de luto, es la muerte en vida, que es una pérdida peor que la misma muerte. Y cuando de la muerte se trata, el ser humano acude a Dios, o se lo inventa. La tristeza de amor es una muerte metafórica, pero con esperanza de que el amado vuelva, de que todo retorne al feliz estado inicial.

El rasgar melancólico y nostálgico del tiple que acompaña al bambuco del campesino de las cordilleras nada tiene que ver con el bolero. La tristeza de éste, caribe, tropical, con cadencia y ritmo de palmeras, se distingue de esa tristeza implacable —la tristeza triste— de los Andes, como la de José Asunción Silva, que, con palabras de Andrés Holguín, “refleja un vuelo de las alas hacia la muerte [...]. Todo se halla en proceso agónico [...]. Porque esa descomposición lenta, fatal, no tiene para Silva esperanza alguna. Es la muerte universal, definitiva”. En el bolero se percibe una tristeza jubilosa: una tristeza de amor, un dolor de no ser más, de sentirse incompleto, de encontrarse en soledad, pues el estado natural del ser humano es estar acompañado,

vivir en pareja. Se canta la tristeza de no poder construir la vida con alguien más, de no poder compartir la belleza del mundo: el dolor de tener que ir "hasta el fin de a uno" y no de a dos.

Nada hay más serio y terrible que una pena de amor, pero la sociedad actual ha desvalorizado los sentimientos: prefiere aceptar o tolerar las manifestaciones de agresión que las de afecto o amor. Esta sociedad ha trastocado su escala de valores, en la cual el logro de la riqueza justifica arrasar con lo que sea: amistad, principios o amor. Es una sociedad que considera ridículos un beso o una caricia en público y prefiere las máscaras convenientes de muchas relaciones y no la autenticidad de una relación plena de amor. Recordando a Edgar Morin,

[...] en las sociedades burocratizadas y aburguesadas, es adulto quien se conforma con vivir menos para no tener que morir tanto. Empero, el secreto de la juventud es éste: vida quiere decir arriesgarse a la muerte; y furia de vivir quiere decir vivir la dificultad [Edgar Morin, *Les Stars*, citado por Caruso].

Se trata de una sociedad que ha institucionalizado la prostitución, tanto femenina como masculina, al cambiar el mantenimiento de unas relaciones de pareja vacías por un patrimonio, unos intereses individuales o una posición social, y a veces, también, por simple falta de coraje. Es una sociedad, en fin, que violenta al individuo y coarta su libertad de ser, de amar y de ser feliz.

El individuo debe romper ese yugo y liberarse de esas cadenas que le impiden realizarse. El ser humano tiene como única obligación vital, ineludible y perentoria, la de buscar y encontrar la felicidad. Tiene que ser feliz. Una sociedad es sana si sus individuos son felices. Y esta vida es la única que se tiene para serlo. Aquí y ahora, después no hay una segunda oportunidad. Y para ello, lo único importante es el amor, todo lo demás es accesorio. El amor trasciende el espacio y el tiempo y no tiene límites. Éstos los inventa el mismo hombre cuando se niega la felicidad, con pretextos ciertos o imaginados. Y sí, hay que arriesgarse; el amor exige coraje y mucho valor.

Los casos

Para hacer referencia a situaciones concretas, contrastaré expresiones de pacientes en busca de ayuda profesional, para curar el dolor de amor, con las expresiones populares enamoradas que se encuentran en algunos boleros. Se extractaron partes de las

entrevistas que Igor Caruso sostuvo en sus sesiones como psicoanalista y que se hallan transcritas en su libro *La separación de los amantes*. Frente a esos textos se contraponen otros similares, de boleros o de literatura amorosa⁴, según cuatro grandes tópicos: el abandono, la obsesión con el amado, la sacralización de éste por parte del amante y la muerte.

Abandono

Muchas veces el amante abandonado se lamenta de que el tiempo no alivie su pena, porque la agrave. Un paciente de cuarenta y nueve años dice: "Así, el olvido definitivo se convierte paradójicamente en la mejor medicina contra el olvido" (77, p. 90). Y Gonzalo Curiel, en "Déjame", canta:

Yo no podré olvidarte

con este olvido fiero,

que tantas veces,

es odio.

[...] *Ámame, pero déjame,*

aléjate, si quieres salvarte de mi olvido.

Otro paciente del doctor Igor Caruso, citado por él con sus iniciales, C. D., también afirma:

Lamento haber sufrido tanto por tan poca felicidad, pero incluso así me acecha una incomprensible desesperación que me recuerda la pérdida de algo que era grandioso y me hacía feliz, sin que mi conciencia lo explique por completo [101, p. 31].

Rafael Hernández, en "Canción del alma", le hace eco:

4 Igor Caruso es un psicoanalista del Círculo Vienés de Psicología Profunda que ha tratado a pacientes de diversos países europeos. En este trabajo cito el caso, su número y la página de la cual se extrajo el texto; de los boleros y poemas se menciona el autor y, cuando es posible, la fecha de composición del tema. A los interesados en un estudio serio acerca del bolero, les recomiendo la lectura de un manual de semiología amorosa colectiva, el delicioso libro de Rafael CASTILLO ZAPATA, *Fenomenología del bolero* (Caracas: Monte Ávila, 1990).

Yo vivo, y tú lo sabes,
desesperado y triste,
y desde que te fuiste
no sé lo que es vivir.

No sé lo que es vivir sin ti.

El tema de "Desesperación", interpretada por Nelson Pinedo, es afín:

Desesperación
por besarte de nuevo,
por decirte, mi cielo,
cómo le haces falta
a mi corazón.

Desesperación
de no tenerte a mi lado,
de no sentir tus caricias
y el goce divino
que me da tu amor.

A propósito de su novia, con quien sólo duró tres meses en lugar de seis, el paciente C. D. dice: "Conmigo conoció el placer, y ahora se prostituirá" [101, p. 58].

Agustín Lara lo repite de una manera más elegante y poética, si bien frecuentaba lugares sórdidos. Este extraordinario compositor podía decirle las cosas más terribles a una mujer, o las mejores, aunque se tratara de una arrabalera, todo con una gracia y una finura sin par. Basta examinar temas como "Aventurera", "Te vendes" o "Pervertida", para darnos cuenta de ello:

[...] haz menos escabroso tu camino,
vende caro tu amor, aventurera.

Te vendes,
quién pudiera comprarte,
quién pudiera pagarte
un minuto de amor.

O bien:

*La vida,
la caprichosa vida,
convirtió en un mercado
tu frágil corazón.*

*He sentido la espina de verte ajena;
a ti que me juraste, ser siempre buena.*

*A ti, mujer ingrata,
pervertida mujer, a quien adoro...
te quiero aunque te llamen pervertida.*

Hay que recordar que no todos los temas aquí mencionados son boleros; de hecho, el primer tema que se mencionó no lo es, pero mucha de la música de Lara, por su temática y sensibilidad expresiva, está asociada con el bolero.

Parece que muchos de sus temas no sólo fueron dedicados a María Félix, sino a aquellas “vírgenes de medianoche”, efímeras acompañantes del compositor jarocho. En el folleto que acompaña al álbum *Agustín Lara, su voz... sus canciones... sus intérpretes. Mi primer piano... y mis primeras canciones*, se dice que Lara

[...] anduvo por los cabaretuchos de México, a finales de la década del veinte. Que tocaba el piano para los tenebrosos clientes de las casas de señoras y que convivió con hampones y prostitutas y fueron ellos y ellas quienes primero aplaudieron sus canciones.

Los compositores de bolero han venido en picada; Manzanero fue el último compositor importante, aunque a veces estrangula con heroísmo las rimas para alcanzar la música. Por ejemplo en *Te extraño*, los árboles extrañan al otoño, cuando en esa estación quedan desnudos y llenos de frío, o las noches sin estrellas:

Te extraño como se extrañan las noches sin estrellas...

[...] *las mañanas bellas,*

[...] *como los árboles extrañan al otoño.*

La salsa también está en crisis, pues sólo reciclan los buenos sonos del Trío Matamoros, de los Guaracheros de Oriente o de la Orquesta Aragón. Hay una crisis en la creación musical: se ha llegado a adaptar baladas, rancheras o inclusive pasillos o

bambucos, atracando de paso a los verdaderos autores, como lo hace La India con un tema muy popular en su momento, cuya autoría ella reclama, cuando en realidad es un bambuco o un pasillo viejo ya cantado por Basilio. Ésta es la característica principal de ese tipo de música, dedicada a los temas erótico-pornográficos: se pone de moda durante un año, en las fiestas decembrinas, y no resiste más. Vale la pena insistir en el contraste que existe al respecto con los versos de Lara.

El paciente C. D. continúa su relato:

Con ella perdí algo grandioso y que me hacía feliz. No puedo dar de ello una explicación racional. Es como si hubiera curioseado en otro mundo y hubiera tenido que pagarlo muy caro [101, p. 82].

Según Frank Domínguez, en “Tú me acostumbraste”,

[...] *yo no concebía,
cómo se quería,
en tu mundo raro
y por ti aprendí.
Por eso me pregunto,
al ver que me olvidaste,
por qué no me enseñaste
cómo se vive sin ti.*

Muchas personas se desilusionan cuando se enteran de que este bellissimo bolero fue compuesto para un hombre. Gelpí sugiere que lo mismo sucede con el tango abolerado “Prohibido”, de Carlos Bahr y Manuel Bernardo Sucher, y “Alma mía”, de María Grever, fueron temas con “una lectura homoerótica incluso más evidente” (Gelpí, 1998). Cita este mismo escritor el trabajo de Quiroga (1994) y asevera que “estudia las resemantizaciones y reapropiaciones del bolero por parte de los homosexuales y de los productos recientes de la cultura popular en los cuales se representa la homosexualidad”. Esto no debería escandalizar a nadie; si el bolero es un canto al amor, el amor es un sentimiento universal al cual todo el mundo tiene derecho.

En el caso de la pareja I. B. N. y M. A. I., ella era una joven sin cultura de la cual él conserva algunas de sus numerosas cartas: éstas “se asemejaban a las célebres cartas de la monja portuguesa: eran muy religiosas —de una religión de amor terrenal— y

eran igualmente desesperanzadas porque, cuando el amor y la fe no tienen esperanzas, se convierten en infierno” (116, p. 71).

Luis Kalaff, en “Amor sin esperanza”, canta:

*Amor sin esperanza, ese es el mío
te espero sin saber por qué razón,
si te llamo, no respondes,
si te busco,
nunca te puedo encontrar.
Amor sin esperanza ese es el mío
malhaya sea mi suerte con tu amor,
[...] me duele el corazón, no siento el alma
me matan los recuerdos que dejaste.*

Si la esperanza es lo último que se pierde en la vida, hay que imaginarse lo que siente un ser humano desolado y triste para escribir “Amor sin esperanza”. Es el mismo sentimiento que destilan las cartas de sor Mariana.

Nuestra sociedad tolera, en aras de la conservación del patrimonio familiar, muchos sacrificios vitales; pero el amor de pareja no debe implicar sacrificios, sino construcción hombro a hombro de una realidad cotidiana.

Obsesión

El paciente C. D. se refiere a su amada con estos términos:

Exterior y razonablemente yo hablaba en mis cartas de su libertad, pero sin duda alguna dependíamos fuertemente el uno del otro [...], quería mantenerla como un ideal, conservarla de alguna manera, y es posible que la haya tenido bajo una fuerte presión [...], no podía entender cómo no había resistido más que tres meses lejos de mí para contraer nueva amistad con un joven. [...] supuse que esto pasaría y sin embargo me di un plazo perentorio de seis meses. Sufrí una decepción, como si se tratara de una traición, a causa de que ella resistió a la soledad apenas la mitad del tiempo previsto. [...] Mis cartas dejaban traslucir mi enojo y mis celos [101, p. 29].

En “Tracionera” (1946), Gonzalo Curiel dice:

*Eres mala y traicionera,
tienes corazón de piedra
porque
sabes que me muero,
y me dejas que me muera...*

Aunque éste no es un relato de lo vivido por el propio paciente, es el recuento que él hace de una carta recibida de su amada. Ella le escribe:

[...] estás siempre tan presente. Ah, no puedo expresar esto correctamente... Te quiero más de lo que sería adecuado. Con frecuencia frente a mi amigo me siento culpable porque en realidad no le pertenezco completamente. ¿No puede una amar verdaderamente a dos hombres? No soy buena. ¿Cómo podría explicártelo? Realmente quiero mucho a mi amigo y, sin embargo, muchas veces, desearía estar cerca de ti [101, p. 65].

Afirma C. D. que mediante nuevas relaciones quiso compensar y repetir, a la vez, la pérdida de la joven. Esta es una reacción típica de un doliente del amor. El amor absoluto es un invasor y no deja tranquilo el corazón de su víctima. El paciente (la amada, en este caso) no sabe en realidad si está con su nuevo amor o con el anterior.

Para Agustín Lara, en "Cada noche un amor" (1942),

*Cada noche un amor,
pero dentro de mí
sólo tu amor quedó.*

O en "Por qué negar" (1950):

*[...] si es imposible
que el corazón pueda
sin amor vivir.
Es natural
que mi cariño
huérfano de besos
busque dónde estar.*

*Es natural,
piénsalo,
piénsalo así
que al fin y al cabo no hay nada,
nada en el mundo que te borre a ti.*

También Julio Gutiérrez, en “Inolvidable”, canta:

*En la vida hay amores
que nunca pueden olvidarse;
imborrables momentos
que siempre guarda el corazón,
porque aquello que un día
nos hizo temblar de alegría
es mentira que hoy pueda olvidarse
con un nuevo amor.
He besado otras bocas
buscando nuevas ansiedades
y otros brazos extraños
me estrechan llenos de emoción,
pero sólo consiguen hacerme
recordar los tuyos
que inolvidablemente
vivirán en mí.*

Por su parte, un poeta de cincuenta y cuatro años declara: “No he podido superar este asunto: quiero a mi novia, he dormido con ella, conozco todas las facetas de su vida, su manera de pensar, de sentir, de...” [104, p. 33]. Los puntos suspensivos son de Caruso; se deja al lector la tarea de interpretarlos.

En “Solamente una vez” (1941), Agustín Lara dice:

*Solamente una vez
amé en la vida,
solamente una vez
y nada más.*

[...] Una vez nada más
se entrega el alma
con la dulce y total
renunciación.

En “Lágrimas de sangre” (1946):

Yo que tuve tus manos
y tu boca y tu pelo
y la blanca tibieza
que derramaste en mí;
hoy me desgarró el alma
como una fiera en celo
y no sé lo que quiero
porque te quiero a ti.

Y en “Tus pupilas”:

La luz a tus ojos robé,
la miel en tu boca bebí,
el mármol de tu carne acaricié
y el oro de tus rizos sacudí.
[...] y pude mi camino iluminar
con luz que de tus ojos me robé.

Tal vez los múltiples amores de Lara dieron lugar al tono de despecho propio de sus canciones, que considero poemas musicales. Resulta evidente que Lara es el mejor compositor de la canción romántica en todos los tiempos.

Hay que notar en el texto de “Tus pupilas” una clara influencia modernista, en la cual la mujer, objeto de su musa inspirada, le acaricia “el mármol de su carne”.

Nadie se explica cómo aquello de

[...] la blanca tibieza,
que derramaste en mí,

del tema “Lágrimas de sangre” —de “penetrante sicología”, al decir de Julián Calleja en su *Método de guitarra sin maestro*—, no le habría valido a Lara la excomunión.

En el caso de un profesor de secundaria, de cuarenta años, nuevamente el tiempo juega en contra del amante. En este caso, dice el profesor:

No puedo apartar del pensamiento a (mi amante) la señora D. A. P. En este caso el tiempo no cura ninguna herida. Todo lo contrario, me siento peor. D. A. P. se ha convertido en un espectro para mí. Poco a poco, la situación se me hace insufrible. Dondequiera que esté o adonde vaya (con frecuencia sin esperarlo), allí surge ella. Cuando veo mujeres o jóvenes en la calle me digo: ¡Dios mío, allí está ella! Leo por casualidad un texto en francés: ¡Ah, ella es profesora de francés! Un auto se detiene: ella deseaba continuamente tener un bonito carro y ahorra para comprarlo. Se abre la puerta: ella entra. Me despierto en la mañana: al pie de la cama está D. A. P. Leo un libro: ¿qué opinará ella? [...] ¡Tengo que echar fuera a D. A. P.! Fuera de mi memoria, de mi vida interior... Tengo que acabar con ella. ¿No sería una solución ideal el que pudiera ya dolerme por una verdadera muerte? Así podría decir: fue el destino [...], para mí su muerte es favorable, pero a ella le deseo la vida más feliz que se pueda imaginar (una expresión contradictoria, pero que corresponde a mis sentimientos) [114, p. 44].

El enamorado aumenta su sensibilidad; la mantiene a flor del alma. Su percepción es más aguda, al punto de percibir comportamientos —deseables o no— en el otro. En ese estado de alma es fácil llegar hasta lo sobrenatural. Puede “ver” a la amante y “hablar” a distancia con ella y sentir el calor de su compañía. O, por el contrario, percibir en silencio la distancia afectiva antes de que los ojos y los oídos del cuerpo la confirmen.

Ortega y Gasset dice en “Facciones del amor” (1926): “En el amar abandonamos la quietud y asiento dentro de nosotros y emigramos virtualmente hacia el objeto. Y ese constante estar emigrando es estar amando. El amor es una fluencia, un chorro de materia anímica, un fluido que mana con continuidad como de una fuente”.

No es metáfora: el amante está con la amada en la distancia. A su lado, juega tiernamente con sus cabellos, besa sus labios húmedos y ardientes con pasión, cuida su sueño con celo, contempla el espectáculo de su desnudez con ardor, descubre hasta el olor de su alma, en fin, se traslada en el tiempo y el espacio a su corazón y la hace compañía vital. Ella lo siente y lo vive de la misma manera. Como Werther,

[...] es en vano que extienda los brazos hacia ella; en vano que la busque [...] en mi lecho, cuando un sueño feliz [...] me hace creer que estoy [...] a su lado, estrechando su mano, y llenándosela de besos. ¡Ah!, cuando todavía embriagado por el sueño busco esa mano y me despierto, un torrente de lágrimas brota de mi corazón oprimido, y lloro sin consuelo...

Florentino Ariza, pensando en Fermina Daza y por la pluma de Gabriel García Márquez, dice en *El amor en los tiempos del cólera*:

Estaba pensando en ella como nunca se hubiera imaginado que se podía pensar en alguien, presintiéndola donde no estaba, deseándola donde no podía estar, despertando con la sensación física de que ella lo contemplaba en la oscuridad mientras dormía.

Otros más le pusieron música a sus sentimientos para cantar en forma de bolero lo dicho por el profesor de secundaria de cuarenta años. Julio Gutiérrez, por ejemplo, en “Llanto de luna”, dice:

*Cómo poder olvidarte
si dentro, muy dentro,
estás tú,
cómo vivir así,
en esta soledad,
tan llena de ansiedad
de ti.*

Rafael Hernández, en “Tú no comprendes” (1939), parece repetir:

*Tú no comprendes
que yo no puedo
vivir sin ti,
tú no comprendes
que sólo vivo
pensando en ti.*

El mismo Lara, en “Palabras de mujer” (1945), canta:

*Como una sombra iré,
perfumaré tu inspiración
y junto a ti estaré
también en tu dolor.
[...] hasta la eternidad
te seguirá mi amor.*

Estos tres temas reflejan muy bien la ansiedad del enamorado. El destino es culpable de su obsesión, que no lo deja ni un instante. En “Llanto de luna”, del mismo autor de “Inolvidable”, resulta imposible olvidar porque ese amor se lleva dentro, muy dentro del alma. Por su parte, Rafael Hernández, el gran bolero borincano, se declara inútil e incapaz de hacer nada, porque ella no comprende que no puede vivir en soledad.

Por último, en uno de sus mejores boleros, “Palabras de mujer”, Agustín Lara se condena a seguirla hasta la eternidad. Cabe anotar que fue un bolero muy censurado⁵; de hecho, obligaron a que el texto original: “Aunque no quiera Dios, ni quieras tú, ni quiera yo”, fuera modificado por: “Aunque no quieras tú, ni quiera yo, lo quiso Dios”. Personalmente, prefiero el primero por la fuerza expresiva que posee.

En el caso del paciente I. B. N., su amada le escribía:

Pase lo que pase debes creer mis palabras de amor [...]. Tú eres el único, eres mi primer hombre, mi mundo, mi felicidad, mi vida. Te quiero más que al sol y a la luz porque sin ti el sol es frío y la luz oscura [...]. Eres el gran dios que reina sobre el mundo [...]. Eres mi vida, debes amarme mucho porque quiero vivir mucho; eres mi tiempo feliz, mi bello mundo [...]. Eres mi dios [...]. Ahora lo he perdido todo. Amar y ser amada, vivir para alguien, esto lo necesito como el aire [116, p. 73].

Por su parte, el paciente de cuarenta años, con las iniciales S. A. O., afirma:

⁵ En México, durante la presidencia de Manuel Ávila Camacho (1940-1946), se creó la Liga de la Decencia, ente promovido por el obispo de la capital. Esa organización censuró, aparte del mencionado, temas como “Pervertida”, “Aventurera”, “Imposible” y “Piensa en mí” (Dueñas, 1990).

Hace un mes la necesitaba tanto como al aire para respirar. Hoy —quiero decir en el día de hoy— quizás ya no la necesito más. Si pude vivir medio año sin aire para respirar, ¿fue entonces todo una ilusión? La necesitaba tanto, que pensé: ahora tendré que morir [130, p.115].

El enamorado no puede vivir sin la amada. La presencia del otro le resulta vital, tanto como el aire que se respira. Agustín Lara dice en “Revancha”:

*Yo conocí el amor.
Es muy hermoso,
pero en mí fue fugaz
y traicionero.
Volvió canalla
lo que fue glorioso
pero fue un gran amor,
y fue el primero...*

*Amor, por ti bebí mi propio llanto.
Amor, fuiste mi cruz, mi religión.
Es justa la revancha y entre tanto
sigamos engañando al corazón...*

Consuelo Velásquez —una de las pocas pero excelentes compositoras de boleros⁶— también se ocupó del tema. El que sigue es un fragmento de “Amar y vivir”, que fue interpretado por Leo Marini y Fernando Fernández:

*Se vive solamente una vez,
hay que aprender a querer y a vivir,
hay que saber que la vida
se aleja y nos deja
llorando quimeras.*

6 Cabe mencionar a algunas: María Grever (“Júrame”, “Por si no te vuelvo a ver”, “Cuando vuelva a tu lado”, “Te quiero, dijiste”), Consuelo Velásquez (“Bésame mucho”, “Amar y vivir”, “Verdad amarga”), Emma Elena Valdelamar (“Mil besos”, “Mucho corazón”), Isolina Carrillo (“Dos gardenias”) y Ernestina Lecuona.

*No quiero arrepentirme después,
de lo que pudo haber sido y no fue,
quiero gozar esta vida,
teniéndote cerca de mí
hasta que muera.*

Otra vez Agustín Lara, con "Santa y Amor de mis amores":

*En la eterna noche
de mi desconsuelo
tú has sido la estrella
que alumbró mi cielo.
Santa, santa mía,
mujer que brilla
en mi existencia.
Santa, sé mi guía
en el triste calvario
del vivir.*

*Santa, sé mi guía,
alumbra con tu luz
mi corazón.
[...] que tú eres mi vida,
que no quiero a nadie,
que respiro el aire
que respiras tú.
Amor de mis amores,
sangre de mi alma...*

Alguna vez me preguntó una mujer por qué los boleros tocan siempre el tema del abandono del hombre por parte de la mujer, y por qué ellas son siempre las malas. ¿Por qué la diferencia en esa expresión entre Consuelo Velásquez y los compositores masculinos? Una posible interpretación apunta a que los hombres quedan más afectados cuando la mujer se va. Otra, a que las mujeres se preocupan más por el ser amado en el presente, lo cuidan, lo atesoran. Si el hombre llora sobre el bien perdido, por el

amor que se fue, la mujer previene esa ausencia. El hombre es descuidado y aprecia su valor cuando lo pierde, como la libertad. En el libro *El hábito de la pasión. Cartas de amor de sor Mariana*, reivindico la capacidad de la mujer para amar y para sufrir. Al leer estas cartas estremecedoras y extraordinarias no queda duda del infinito amor que siente la mujer.

Sacralización

El ya citado profesor de secundaria dice:

El 2 de enero, después de cuatro meses, tengo el primer encuentro con la profesora. ¡Cuánto tuve que esperarla, más aún, anhelarla con impaciencia; fui yo quien la buscó! De pronto sentí su presencia tras de mí y la miré a la cara, que me era familiar [114, p. 54].

Agustín Lara lo complementa en *Azul*:

*Cuando yo sentí de cerca tu mirar
de color de cielo, de color de mar,
mi paisaje triste se vistió de azul,
con ese azul, que tienes tú.*

Muchas veces uno siente que le clavan la mirada en la nuca; así lo sentiría el profesor de cuarenta años a los tres meses de ausencia de la amada que lo obsesiona.

Agustín Lara toma de Rubén Darío algunos de sus temas para decir que sintió de cerca su mirar y que su “paisaje triste se vistió de azul”. La influencia del poeta nicaragüense en el mexicano se ha presentado en diversas tertulias, charlas y entrevistas radiales, tanto en Colombia como en Chile, y ha sido mencionada también por autores como Mora (1986)⁷, Zavala (1991), Sánchez (1998) y Gelpí (1998), entre otros.

Sin duda, “Azul”, “Hastío”, “Mujer”, “Tus pupilas” y otras composiciones de Lara tienen una clara pincelada de la poesía modernista, como aquello de “trémulas

7 A mi juicio, el análisis de Mora sobre la influencia de Darío en Lara es el más atinado y completo. Iris Zavala hace una aproximación sobre la influencia del modernismo en el bolero en general; este estudio es más erudito, pero su filiación postmodernista dificulta su comprensión.

angustias musicales” que hacen del hastío un “pavo real que se aburre de luz en la tarde”. En la poesía de Lara se encuentran “mujeres alabastrinas” (“Mujer”), “tristes jardines con el encanto de tus perfumes” (“Rosa”), “la sombra azul de las ojeras de mujer que son un pedazo de cielo azul” (“Azul” y “Tus pupilas”), “ojos diáfanos como gotas de cristal” (“Pecadora”), “pupilas de luz” (“Tus pupilas”). Ve “en sus ojos el atardecer” (“Como dos puñales”), “abanicar de pavos reales en el jardín azul de tu extravío” (“Hastío”), “cisnes que Dios pintó en cristal” (“El cisne”) y “lunas que brillan en lagos de cristal” (“Janitzio”).

La sacralización del ser amado no es extraña. Resulta innegable que autores como Agustín Lara santifican incluso los amores fugaces de burdel, pero dudo que en realidad merecieran los calificativos que el bolero les ha dado; ésta es una muestra más de la capacidad que tiene el amor para mover las montañas y las estrellas. Más allá de la probable influencia del modernismo, y en particular de Rubén Darío, hay que rescatar la calidad poética de sus composiciones. La academia está en mora de hacer un estudio serio de la poesía de Lara para darle su verdadera dimensión literaria.

Muerte

Un paciente de cincuenta y cuatro años, poeta, revelaba:

Algo en mí sabe que entre las dos soluciones: la de dejarla o la de morir, la segunda es la más digna [...]. Sí, algunos se dan un tiro en la cabeza, pero ésta es una minoría de valientes o de cobardes [...], por mil razones, que no son tales, nos hemos separado en nombre de la vida futura y tengo en la boca el sabor de la muerte, pues a pesar de que ambos sintamos una fuerza que nos corroe el alma, no es menos cierto que en algún grado nos olvidamos recíprocamente! [...] Olvidar al ser que vive, olvidar al más amado y al mismo tiempo volverse cada vez menos en la memoria del otro [...]. Por mi parte, considero la muerte física menos injusta que esa muerte que envenena toda vida ulterior [104, p. 33].

En el caso del paciente I. B. N., el doctor Caruso explica:

Estaba completamente convencido de que debía separarse amando a M. A. I., de tener que ofrendar ese amor para que ella continuara viviendo y promover en la mujer su ulterior despliegue personal. [...] Para él, la separación provocada era se-

mejante a la muerte; para la abandonada M. A. I., la existencia sin el amor divino encontrado en vida sencillamente ni merecía la pena, ni podía vivirse [116, p. 73].

Por otra parte, una paciente de treinta y un años pensaba:

Si la muerte es real o sólo aparente, es igual; los dolores aparentes de todos modos son dolores. Lo importante es que tú lo sientas así. Pero ¿te acuerdas de aquella película japonesa en que el hombre mortalmente enfermo dice: "Sólo los dolores me hacen recordar que vivo todavía"? ¡Y se sentía contento de experimentar ese dolor! No creo que yo hable ahora de masoquismo. Quiero decir solamente: "Ahora estás muerto". Pero ¿qué vive en ti que eres consciente de la muerte? [128, p. 115].

Es el drama terrible del abandono del amor: verse muerto en el otro, muriendo en el otro, y seguir con vida, pero resistirse a la muerte, porque más allá la encontrará. Así lo dice Toña la Negra en "Este amor salvaje", de Miguel Valladares:

*Este amor salvaje
me causará la muerte,
pero me importa poco
si volveré a quererte
allá en la eternidad.*

Carlos Gómez Barrera, en "Tú eres mi destino" (1955), muestra que el destino es dueño de la suerte de los amantes, que no pueden vivir sin el amor del otro:

*Tú eres mi destino,
bendito destino,
y si me ofrecieran
riquezas y gloria
renunciando a ti,
sin vacilaciones
yo respondería,
prefiero la muerte
a la gloria inútil
de vivir sin ti.*

Hasta aquí este ejercicio con las voces enfrentadas de los enamorados, que padecen su enamoramiento como una enfermedad, recostados sobre el diván del psicoanalista, y lo padecen ingravidos, en las alas de la inspiración. "Palabras de mujer", de Agustín Lara, ilustra muy bien esta exploración⁸:

Aunque no quiera Dios,
ni quieras tú,
ni quiera yo,
hasta la eternidad
te seguirá mi amor.
Como tu sombra iré,
perfumaré tu inspiración,
y junto a ti estaré
también en tu dolor.
[...] Hasta en tus besos
me hallarás,
hasta en el agua
y en el sol,
aunque no quieras tú,
aunque no quiera yo...

Bibliografía

- ALIGHIERI, Dante. *La divina comedia*. Madrid: Aguilar, 1952.
CALLEJA, Julián. *Método de guitarra sin maestro*. Madrid: El Libro Español, sin fecha. (Por las canciones, se puede fechar entre 1946 y 1950).
CARUSO, Igor. *La separación de los amantes*. Bogotá: Siglo XXI, 1985.
CASTELLANOS, Isabel. "Elegua quiere tambó". En: *Pliegos*, 12 (Cali: Universidad del Valle, 1980).
CASTILLO ZAPATA, Rafael. *Fenomenología del bolero*. Caracas: Monte Ávila, 1990.
DE ZUBIRÍA, Ramón. *¡Es el amor que pasa!* Medellín: Cacharrería Mundial, 1984.

8 Prefiero acogerme a la supuesta letra original, antes que la censurara la Liga de la Decencia.

- DUEÑAS, Pablo. *Bolero. Historia documental del bolero mexicano*. México: Asociación Mexicana de Estudios Fonográficos, 1990.
- ELUARD, Paul. *Últimos poemas de amor*. Buenos Aires: La Flor, 1968.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *El coronel no tiene quien le escriba*. Buenos Aires: Suramericana, 1970.
- . *El amor en los tiempos del cólera*. Bogotá: Oveja Negra, 1985.
- GELPÍ, Juan. “El bolero en Ciudad de México: poesía popular urbana y procesos de modernización”. En: *Cuadernos de Literatura*, vol. IV, 7-8 (Bogotá: Universidad Javeriana, enero-diciembre de 1998).
- GOETHE, Johann Wolfgang von. *Werther*. Bogotá: Panamericana, 1990.
- HOLGUÍN, Andrés. *Antología crítica de la poesía colombiana (1874-1974)*. Bogotá: Biblioteca del Centenario del Banco de Colombia, 1974.
- MACHADO, Antonio. *Poesías completas*. Madrid: Espasa Calpe, 1977.
- MORA, Orlando. *Que nunca llegue la hora del olvido*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1986.
- NERUDA, Pablo. *El libro de las preguntas*. Buenos Aires: Planeta, 1992.
- ORTEGA Y GASSET, J. *Estudios sobre el amor*. Madrid: Revista de Occidente, 1966.
- QUIROGA, José. “(Queer) Boleros of a Tropical Night”. En: *Travesía. Journal of Latin American Cultural Studies*, 3 (1994). Citado por Gelpí, 1998.
- RICO SALAZAR, Jaime. *Cien años de boleros*. Bogotá: Centro Editorial de Estudios Musicales, 1988.
- SALINAS, Pedro. *Poesías completas*. Barcelona: Barral, 1971.
- VALLEJO, César. *Poesía completa*. México: La Nave de los Locos, 1978.
- VÉLEZ PAREJA, Ignacio. “El diván del bolero”. En: *Cuadernos de Economía Rural*, 32 (Bogotá, 1994).
- . *El hábito de la pasión. Cartas de amor de sor Mariana*. Bogotá: Altamir Ediciones, 1996.
- . “Entre nubes de algodón” En: *Lecturas Dominicales de El Tiempo* (Bogotá, febrero 6 de 1994).
- ZAVALA, Iris M. *El bolero. Historia de un amor*. Madrid: Alianza, 1991.

Discografía

- BERA, Juan Carlos; COLEMAN, René. “Tendrás un altar”.
- BRITO, Julio. “Mira que eres linda”.

- CANTORAL, Roberto. "Regálame esta noche".
- CARRILLO, Álvaro. "Sabor a mí".
- CLAVEL, Mario. "Qué será de mí", "Somos".
- CURIEL, Gonzalo. "Déjame", "Traicionera", "Noche de luna".
- D. EN D. "Desesperación", "Calla, tristeza".
- DOMÍNGUEZ, Abel. "Hay que saber perder".
- DOMÍNGUEZ, Alberto. "Perfidia", "Mala noche".
- DOMÍNGUEZ, Frank. "Tú me acostumbraste".
- ECHAVARRÍA, Jaime R. "Me estás haciendo falta", "Yo nací para ti".
- ELETA ALMARÁN, Carlos. "Historia de un amor".
- FLORES, Pedro. "Obsesión".
- GÓMEZ BARRERA, Carlos. "Tú eres mi destino".
- GUTIÉRREZ, Julio. "Inolvidable", "Llanto de luna".
- HERNÁNDEZ, Rafael. "Canción del alma", "Desesperación", "Tú no comprendes".
- KALAFF, Luis. "Amor sin esperanza".
- LARA, Agustín. "Escarcha", "Estrellita solitaria", "Limosna", "Amor de mis amores", "Palabras de mujer", "Santa", "Aventurera", "Azul", "Cuando vuelvas", "Humo en los ojos", "Imposible", "Lágrimas de sangre", "Pervertida", "Piensa en mí", "Por qué negar", "Revancha", "Solamente una vez", "Te vendes", "Tus pupilas", "Cada noche un amor".
- LÓPEZ VIDAL, Paquito. "Espérame en el cielo".
- MÁRQUEZ, Raúl. "No pidas más perdón".
- MARTÍNEZ GIL, Carlos y Pablo. "Vuelve".
- MATAMOROS, Miguel. "Lágrimas negras".
- MÉNDEZ, José Antonio. "La gloria eres tú".
- PONTIER, Armando; FRANCINI, Enrique Mario. "Pecado".
- PULIDO, Abelardo. "Entrega total".
- SILVA, Élida. "Si no eras para mí".
- VALDELAMAR, Emma Elena. "Mil besos".
- VALLADARES, Miguel Ángel. "Este amor salvaje".